

SANCTI ANSELMO LIBRO DE LA FE DE LA TRINIDAD Y DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO Contra las blasfemias de Ruzelino o Roscelino.

41 PREFACIO.

Aunque después de los apóstoles, muchos de nuestros santos Padres y doctores han dicho tanto y tan grande sobre la razón de nuestra fe para confundir la insensatez y quebrantar la dureza de los infieles, y para alimentar a aquellos que, ya con el corazón purificado por la fe, se deleitan en la razón de la misma fe (la cual, después de su certeza, debemos desear), de modo que ni en nuestros tiempos ni en los futuros esperemos a nadie igual a ellos en la contemplación de la verdad; sin embargo, no considero reprochable a nadie que, estando firme en la fe, desee ejercitarse en la investigación de su razón. Pues ellos, debido a que los días son breves (Job XIV, 58), no pudieron decir todo lo que habrían podido si hubieran vivido más tiempo; y la razón de la verdad es tan amplia y profunda que no puede ser agotada por los mortales; y el Señor en su Iglesia, con la cual prometió estar hasta la consumación del siglo, no cesa de impartir los dones de su gracia. Y, por no mencionar otras cosas, la sagrada página nos invita a investigar la razón cuando dice: Si no creéis, no entenderéis (Isa. VII, 9), claramente nos advierte extender la intención hacia el entendimiento; cuando enseña cómo debemos progresar hacia él. Finalmente, dado que entiendo que entre la fe y la visión está el entendimiento que alcanzamos en esta vida, cuanto más alguien progresa hacia él, tanto más creo que se acerca a la visión (a la cual todos aspiramos). Por esta consideración, aunque soy un hombre de muy escaso conocimiento, fortalecido, a veces intento elevarme a contemplar la razón de lo que creemos, tanto como la gracia divina se digna concederme, y cuando descubro algo que antes no veía, lo comparto gustosamente con otros; para que pueda aprender con juicio ajeno lo que debo sostener con seguridad. Por lo tanto, mi padre y señor, amado con reverencia por todos los cristianos, y reverenciado con amor, papa Urbano, a quien la providencia de Dios ha constituido sumo pontífice en su Iglesia, ya que a nadie más correctamente puedo, presento a la vista de vuestra santidad esta humilde obra, para que con su autoridad se apruebe lo que debe ser aceptado y se corrija lo que debe ser enmendado.

Al Señor y Padre de toda la Iglesia peregrina en la tierra, sumo pontífice URBANO, el hermano ANSELMO, pecador en vida, monje de hábito, llamado obispo de la metrópoli de Canterbury, ya sea por mandato o permiso de Dios, con la debida sumisión, con humilde servicio y devotas oraciones.

Puesto que la divina providencia eligió vuestra santidad, a quien confiar la vida y la fe cristiana para ser custodiada, y su Iglesia para ser gobernada; a nadie más correctamente se refiere, si algo surge contra la fe católica en la Iglesia, para que con su autoridad sea corregido; ni a nadie más seguro, si algo se responde contra el error, se muestra, para que con su prudencia sea examinado. Por lo tanto, como a nadie más dignamente puedo, así a nadie más gustosamente destino esta carta a vuestra sabiduría; para que si algo en ella debe ser corregido, sea castigado por vuestra censura, y lo que sostiene la regla de la verdad, sea fortalecido por vuestra autoridad.

CAPÍTULO PRIMERO.

Ocasión de escribir y estado de la cuestión.

Cuando aún era abad en el monasterio de Bec, un cierto clérigo en Francia presumió de tal afirmación: Si en Dios, dijo, hay tres personas que son una sola cosa; y no son tres cosas cada una por separado, como tres ángeles o tres almas: de tal manera que en poder y voluntad son

completamente lo mismo: entonces el Padre y el Espíritu Santo se encarnaron con el Hijo. Cuando esto me fue comunicado, comencé una carta contra este error, la cual, habiendo publicado una parte, desprecié completar creyendo que no era necesario; ya que aquel contra quien se hacía, en un concilio convocado por el venerable arzobispo de Reims, Raynaldo, había abjurado de su error y no parecía haber nadie que ignorara su error; sin embargo, algunos hermanos, sin mi conocimiento, transcribieron esa parte que había hecho y la entregaron a otros para lamentar; lo cual digo para que, si esa parte llega a manos de alguien, aunque no haya nada falso en ella, sin embargo, como imperfecta y no exhaustiva, se deje; y aquí lo que allí comencé, se busque más diligentemente comenzado y perfeccionado. Pues después de que en Inglaterra fui capturado y retenido para el episcopado, no sé por qué disposición de Dios, escuché que el autor de la mencionada novedad perseveraba en su sentencia diciendo que no había abjurado de lo que decía por otra razón, sino porque temía ser asesinado por el pueblo. Por esta causa, algunos hermanos con sus súplicas me obligaron a resolver la cuestión en la que él estaba tan atrapado, que de ninguna manera creía poder liberarse de ella; a menos que se enredara en la encarnación de Dios Padre y del Espíritu Santo, o en la multitud de dioses. Lo cual ruego que nadie piense que he presumido como si la fortaleza de la fe cristiana necesitara la ayuda de mi defensa. Pues si yo, un hombre despreciable, existiendo tantos santos y sabios en todas partes, intentara escribir algo para confirmar el fundamento de la fe cristiana, como si necesitara mi defensa, ciertamente podría ser juzgado presuntuoso y parecer digno de ser condenado. Si los hombres me vieran cargado de estacas, cuerdas y otras cosas, con las que se suele trabajar para atar y estabilizar lo que se tambalea alrededor del monte Olimpo, para confirmarlo, no sea que por algún impulso se tambalee o se derrumbe; sería extraño que se contuvieran de reír y burlarse; cuánto más cuando la piedra, que cortada del monte sin manos, golpeó y desmenuzó la estatua que Nabucodonosor vio en un sueño; ya hecha un gran monte llenó toda la tierra, si intentara sostenerla con mis razones y estabilizarla como si tambaleara; tantos santos y sabios, que se alegran de estar establecidos sobre su eterna firmeza, podrían indignarse conmigo; y esto se imputaría, no a la gravedad estudiosa, sino a la ligereza jactanciosa. Si, por lo tanto, en esta carta discuto algo sobre la firmeza de nuestra fe, no es para confirmarla, sino para satisfacer las súplicas de los hermanos que lo exigen. Pero si aquel que pronunció la mencionada sentencia, corregido por Dios, ha vuelto a la verdad, de ninguna manera piense que hablo contra él en esta carta; porque ya no es lo que fue. Si alguna vez fue tinieblas, ahora es luz en el Señor; no deben ser reprendidas las tinieblas que ya no son, sino aprobada la luz que brilla. Sin embargo, ya sea que haya vuelto a la luz o no; dado que siento que muchos luchan con la misma cuestión, aunque la fe en ellos supere a la razón, que les parece contraria a la fe, no me parece superfluo disolver esta contradicción.

CAPÍTULO II.

Que las cuestiones de la fe sagrada, que discutimos o investigamos, no deben ser asumidas humildemente por cualquier dialéctico, sino por aquellos experimentados en las Escrituras sagradas.

Pero antes de que discuta la cuestión, diré algo para reprimir la presunción de aquellos que con nefanda temeridad se atreven a disputar contra algo de lo que la fe cristiana confiesa, porque no pueden comprenderlo intelectualmente: y más bien con insensata soberbia juzgan que no puede ser en absoluto lo que no pueden entender; que con humilde sabiduría admitan que muchas cosas pueden ser, aunque ellos no puedan comprenderlas. Ningún cristiano debe disputar cómo lo que la Iglesia católica cree con el corazón y confiesa con la boca, no es; sino siempre, manteniendo indudablemente la misma fe, amándola y viviendo según ella, buscar humildemente cuanto pueda la razón de cómo es. Si puede entender, dé gracias a Dios; si no

puede, no levante los cuernos para ventilar, sino incline la cabeza para venerar. Pues más fácilmente puede la sabiduría humana, confiando en sí misma, arrancarse los cuernos al embestir, que arrancar esta piedra con fuerza. Algunos, cuando comienzan a producir cuernos de una ciencia confiada en sí misma, sin saber que si alguien cree saber algo, aún no ha conocido cómo debe saber, antes de tener alas espirituales sólidas por la fe, presumen elevarse a las altísimas cuestiones de la fe. De ahí que, al intentar ascender primero por el entendimiento a aquellas cosas que primero exigen la escala de la fe, como está escrito: Si no creéis, no entenderéis (Isa. VII, 5), descienden a múltiples errores por la falta de entendimiento. Es evidente que aquellos no tienen la firmeza de la fe, que, porque no pueden entender lo que creen, disputan contra la verdad de la misma fe confirmada por los santos Padres; como si murciélagos y lechuzas, que solo ven el cielo en la noche, discutieran sobre los rayos del sol del mediodía contra las águilas que contemplan el mismo sol con visión no deslumbrada. Por lo tanto, primero debe purificarse el corazón con la fe, como se dice de Dios: Purificando sus corazones por la fe (Hechos XV, 9); y primero deben iluminarse los ojos por la observancia de los mandamientos del Señor, porque el mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos (Salmo XVIII, 9); y primero, por la obediencia humilde de los testimonios de Dios, debemos hacernos pequeños, para aprender la sabiduría que da el testimonio del Señor fiel, que da sabiduría a los pequeños (Salmo XVIII, 8). Por eso el Señor: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mateo XI, 25). Primero, digo, posponiendo las cosas de la carne, vivamos según el espíritu antes de juzgar y discutir las profundidades de la fe: pues quien vive según la carne, es carnal o animal, de quien se dice: El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II, 14). Pero quien por el espíritu mortifica las obras de la carne, se hace espiritual; de quien se lee que el espiritual juzga todas las cosas, y él mismo no es juzgado por nadie (Ibid., 15). Es cierto que cuanto más abundantemente nos nutrimos en la sagrada Escritura de aquellas cosas que nos alimentan por la obediencia, tanto más sublimemente somos llevados a aquellas que nos sacian por el entendimiento: pues en vano intenta decir: Entendí más que todos mis maestros (Salmo CVIII, 99), quien no se atreve a pronunciar; porque tus testimonios son mi meditación (Ibid.). Y falsamente pronuncia: Entendí más que los ancianos, quien no tiene familiaridad con lo que sigue: Porque busqué tus mandamientos. Sin duda, esto mismo que digo, quien no lo haya creído, no lo entenderá. Pues quien no haya creído, no experimentará; y quien no haya experimentado, no entenderá. Pues tanto como la experiencia supera al oído en la cosa, tanto la ciencia del experimentador supera al conocimiento del oyente: y no solo se prohíbe a la mente ascender sin fe y obediencia a los mandamientos de Dios para entender cosas más altas, sino que también a veces se retira el entendimiento dado, y la misma fe se subvierte, descuidando la buena conciencia. Dice el Apóstol de algunos: Habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue oscurecido (Rom. I, 21). Y cuando ordenaba a Timoteo luchar la buena milicia, dijo teniendo fe y buena conciencia, la cual algunos rechazaron, naufragando en cuanto a la fe (I Tim. I, 19). Por lo tanto, nadie se sumerja temerariamente en la espesura de las cuestiones divinas, a menos que primero en la solidez de la fe, con la gravedad de costumbres y sabiduría adquirida, no discurra con ligereza incauta por los múltiples desvíos de los sofismas, atrapado por alguna falsedad tenaz. Y aunque todos deben ser advertidos para que se acerquen con la mayor cautela a las cuestiones de la sagrada página; aquellos dialécticos de nuestro tiempo (más bien dialécticos heréticos, que no consideran las sustancias universales más que un soplo de voz, y que no pueden entender el color más que como cuerpo, ni la sabiduría del hombre más que como alma) deben ser completamente rechazados de la disputa de cuestiones espirituales. En sus almas, la razón, que debe ser la principal y juez de todas las cosas que hay en el hombre, está tan envuelta en

imaginaciones corporales, que no puede liberarse de ellas, ni puede discernir por sí sola y pura lo que debe contemplar. Pues quien aún no entiende cómo varios hombres en especie son un solo hombre; ¿cómo comprenderá en esa naturaleza secretísima y altísima cómo varias personas, cada una de las cuales es Dios perfecto, son un solo Dios? Y cuya mente está oscura para discernir entre su caballo y su color; ¿cómo discernirá entre un solo Dios y sus múltiples relaciones? Finalmente, quien no puede entender que algo sea hombre, sino individuo; de ninguna manera entenderá al hombre, sino a la persona humana. Pues todo hombre individual es persona. ¿Cómo, entonces, entenderá este que el hombre fue asumido por el Verbo, no la persona, es decir, otra naturaleza, no otra persona fue asumida? He dicho esto, para que nadie, antes de ser idóneo, presuma discutir las altísimas cuestiones de la fe; o, si lo presume, ninguna dificultad o imposibilidad de entender pueda sacarlo de la verdad, a la cual se adhirió por la fe. Ya debemos venir a lo que hemos comenzado.

CAPÍTULO III.

Que no son tres dioses: y aunque sean tres cosas personales; sin embargo, es una sola cosa esencial.

Dice (según escucho) aquel que se dice afirmar que las tres personas son como tres ángeles o tres almas. Los paganos defienden su ley: los judíos defienden su ley: por lo tanto, nosotros los cristianos también debemos defender nuestra fe. Escuchemos cómo este cristiano defiende su fe. Si, dice, las tres personas son una sola cosa, y no son tres cosas, cada una por separado, como tres ángeles o tres almas; pero de tal manera que en voluntad y poder sean completamente lo mismo: entonces el Padre y el Espíritu Santo se encarnaron con el Hijo. Vean lo que dice este hombre; cómo defiende este cristiano su fe. Ciertamente, o quiere confesar tres dioses, o no entiende lo que dice. Pero si confiesa tres dioses, no es cristiano; si afirma lo que no entiende, no se le debe creer. A este hombre no se le debe responder con la autoridad de la Sagrada Escritura; porque o no le cree, o la interpreta con un sentido perverso. ¿Qué dice más claramente la Sagrada Escritura que Dios es uno y único? Por lo tanto, su error debe ser demostrado con la razón, con la que intenta defenderse. Para hacer esto más fácil y breve, hablaré solo del Padre y del Hijo; ya que estas dos personas se designan claramente como distintas entre sí por sus propios nombres. Pues el nombre del Espíritu Santo no es ajeno al Padre y al Hijo, porque ambos son Espíritu y santo. Lo que encontremos en el Padre y el Hijo sobre la unidad de sustancia o la pluralidad de personas, sin duda lo reconoceremos en los tres. Diga entonces: Si dos personas, el Padre y el Hijo, no son dos cosas. Preguntemos primero qué quiere decir aquí con dos cosas. Pues creemos que cada persona es aquello que es común a ambos; y es aquello que es propio de sí misma. Porque la persona del Padre es Dios, lo cual es común con el Hijo; y es Padre, lo cual es propio de él. De manera similar, la persona del Hijo es Dios, lo cual es común con el Padre; y es Hijo, lo cual solo se dice de esta persona. En estas dos personas, por lo tanto, hay algo común, es decir, Dios: y dos cosas propias, que son Padre e Hijo. Porque lo que es común a ellos, como omnipotente, eterno, se entiende solo en esto común. Y lo que es propio de cada uno, como es el Padre engendrador, o engendrante; y el Hijo Verbo, o engendrado; se significan con estos dos nombres, a saber, Padre e Hijo. Por lo tanto, cuando dice que estas dos personas son dos cosas, pregunto qué dice que son dos cosas allí: ¿lo que es común a ellos? ¿o lo que es propio de cada uno? Pero si dice que dos cosas son dos propias, es decir, Padre e Hijo; de tal manera que lo que es común no sea varias cosas, sino una sola cosa: lo dice en vano; porque ningún cristiano confiesa que el Padre y el Hijo, según estas dos propias, sean una cosa, sino dos. Solemos decir por costumbre que una cosa es cualquier cosa que de alguna manera decimos que es algo. Pero quien dice de Dios Padre o Hijo, dice algo de él; y todos saben que

en Dios el Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre; aunque en un hombre el padre sea hijo, y el hijo sea padre, si el mismo hombre es padre e hijo: lo cual sucede porque en Dios se dicen opuestos; en un hombre no entre sí, sino que se dice padre respecto a otro hijo, y hijo respecto a otro padre. De esta manera, por lo tanto, nada impide decir que dos personas, el Padre y el Hijo, son dos cosas; si se entiende de qué tipo de cosas son. Porque el Padre y el Hijo no son dos cosas de tal manera que en estas dos cosas se entienda su sustancia, sino sus relaciones; aunque él, por lo que añade, muestra claramente que no entiende que de esta manera dos personas sean dos cosas. Pues cuando dice: Si tres personas son una sola cosa, y no tres cosas, añade, por separado. Parece pronunciar tal separación que prohíbe que en el mismo hombre sean padre e hijo al mismo tiempo. Pues por esta sola piensa que puede liberar al Padre de la comunión de la encarnación con el Hijo. Porque por aquella separación, en la que ser Padre es una cosa, y ser Hijo es otra (ya que la paternidad y la filiación son distintas entre sí), si cree que hay un solo Dios, que es Padre e Hijo, no ve que el Padre y el Hijo puedan separarse sin estar en el mismo hombre al mismo tiempo. O bien habla de otra separación de las personas del Padre y del Hijo, distinta de aquella en la que, según lo propio, son diferentes entre sí Padre e Hijo; porque por esta no entiende que la encarnación sea ajena al Padre; más bien, si el Padre y el Hijo están juntos, opina que se sigue que el Padre participa de la encarnación con el Hijo. O si dice eso, trabaja en vano, como ya dije, porque la fe cristiana entiende de esta manera que el Padre y el Hijo son dos cosas.

Pero cuando dice: Así como hay tres ángeles, o tres almas, muestra claramente que no habla de esa pluralidad o separación que existe en esas personas según sus propias características. En efecto, de ninguna cosa numéricamente idéntica se dice que son dos ángeles, o dos almas; ni se dice de dos ángeles, o de dos almas, que son una sola cosa numéricamente; así como decimos que el Padre y el Hijo son un solo Dios numéricamente, y un solo Dios numéricamente del Padre y del Hijo. Creemos y decimos que Dios es Padre, y Dios es Hijo; y viceversa, el Padre es Dios, y el Hijo es Dios: y sin embargo, no creemos ni decimos que haya varios dioses; sino que hay un solo Dios numéricamente, como naturaleza, aunque el Padre y el Hijo no sean uno, sino dos. Decimos ángel y alma según la sustancia, no según la relación. Pues, aunque el nombre de ángel se tome del oficio porque ángel significa mensajero; sin embargo, así como el alma se toma por especie de sustancia, también el ángel. Lo que él mismo muestra entender, cuando dice igualmente: Así como hay tres ángeles, o tres almas. Así pues, significa una pluralidad y separación tal como la tienen varios ángeles o almas, es decir, como la tienen varias sustancias. Lo que aún parece mostrar claramente cuando añade: Sin embargo, de tal manera que en voluntad y poder son completamente lo mismo. Así entiende la voluntad y el poder en esas varias cosas, como en varios ángeles o almas: lo que no puede entenderse si se piensa que esas varias cosas son según las propiedades de las personas, no según lo que se dice comúnmente. Pues de ninguna manera hay voluntad o poder del Padre y del Hijo, según sus propias propiedades, es decir, según la paternidad y filiación; sino según la sustancia de la divinidad, que es común a ellos. Por lo tanto, si dice que tres personas son tres cosas, según sus propias características; es evidente cuán superfluamente lo dice, y cuán inconvenientemente, cuando añade: Así como hay tres ángeles, o tres almas. Pero si dice que esas mismas personas son dos cosas, según lo que es común a ellas, es decir, según lo que cada una, y varias juntas, es un perfecto Dios. Primero pregunto si es cristiano. Responderá, según creo, que lo es. Por lo tanto, cree que hay un solo Dios, y que Él es tres personas, es decir, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y que solo la persona del Hijo se encarnó, aunque las otras dos cooperaron. Pero quien así cree, afirma que no es cristiano quien quiere afirmar algo en contra de esto. Si, por lo tanto, él así cree, niega que sea cristiano quien discute en contra de esto. Veamos si él mismo intenta subvertir esta

fe. Cuando dice, para hablar de dos personas, como comencé, que se entienda de tres; cuando, digo, dice que si dos personas son una cosa, y no dos como son dos ángeles o dos almas, se sigue que el Padre también está encarnado, si el Hijo está encarnado: creo que así razona consigo mismo: Si una y la misma cosa numéricamente es Dios, y esa misma es el Padre, y el Hijo; cuando el Hijo está encarnado, ¿cómo no está también encarnado el Padre? De una y la misma cosa no es verdadera simultáneamente la afirmación y su negación; pero afirmar algo de una cosa, y negar lo mismo de otra cosa simultáneamente, no está prohibido. Pues no es lo mismo que Pedro apóstol sea, y no sea apóstol. Pero incluso si con otro nombre se afirma que es apóstol, y con otro se niega: como, Pedro es apóstol, y Simón no es apóstol; no son ambas afirmaciones verdaderas, sino que una de ellas es falsa. Que Pedro sea apóstol, y que Esteban no sea apóstol; porque uno es Pedro, y otro es Esteban, es posible que sea verdad. Si, por lo tanto, la misma cosa numéricamente y no otra cosa es el Padre que el Hijo, no es verdad que deba afirmarse algo del Hijo, y negarse del Padre; o afirmarse del Padre, y negarse del Hijo. Por lo tanto, lo que sea el Padre, también lo es el Hijo; y lo que se dice del Hijo, no debe negarse del Padre. Pero el Hijo está encarnado; por lo tanto, también el Padre está encarnado. Pero si este razonamiento es verdadero y válido, es verdadera la herejía de Sabelio. Pues si lo que se dice de una persona, se dice también de otra, porque una cosa son dos personas; entonces, así como se dice del Hijo, Hijo, y Verbo, y engendrado; así se dirá del Padre: y como el Padre es tanto Padre, como engendrador, e ingenito; así se dirá esto del Hijo. Pero, si es así; no es otro el Padre que el Hijo; ni el Hijo es otro que el Padre. Por lo tanto, no son dos personas, sino una persona; porque se dice que son dos personas, porque se cree que el Padre y el Hijo son distintos entre sí: si, sin embargo, Dios será Padre e Hijo. Pues siempre el Padre es Padre de alguien y el Hijo es Hijo de alguien; y nunca el Padre es Padre de sí mismo, ni el Hijo es Hijo de sí mismo; sino que uno es el padre, y otro de quien es padre, y de manera similar uno es el hijo, y otro de quien es hijo. Por lo tanto, si en Dios no es otro el Padre, y otro de quien es Padre, ni el Hijo es otro, y otro de quien es Hijo; falsamente se dice que Dios es Padre o Hijo. Pues si en Dios no hay otro que el Padre de quien sea Padre, no puede ser Padre; y de manera similar si no hay en él otro que el Hijo, de quien sea Hijo, no puede ser Hijo. Por lo tanto, no habrá de dónde se diga que hay dos personas en Dios; que se dice porque Dios es Padre, y Dios es Hijo, y siempre uno es el Padre, otro es el Hijo. Veis, por lo tanto, cómo se destruye nuestra fe según el sentido de aquel que piensa que se sigue que el Padre está encarnado con el Hijo; si una, y no varias son las cosas en Dios varias personas. Pues si esta consecuencia suya es verdadera, no solo esto que se dice del Padre y del Hijo, sino en todas las tres personas seguirá tal confusión, que lo que se dice propiamente de cada una, se dirá comúnmente de todas. Por lo tanto, no habrá de dónde el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo, sean distintos entre sí, como he mostrado en el Padre y el Hijo. Por lo tanto, no habrá allí ninguna relación, que de ninguna manera está allí, sino según esto, según lo cual son distintos entre sí. Por lo tanto, no habrá varias personas. Pues si se supone que una cosa son tres personas; o no seguirá lo que dice; o seguirán todas esas cosas juntas que he dicho: pues la fuerza de la consecuencia es similar en todas. ¿Por qué, entonces, prosigue a la encarnación, como si solo ella hiciera la cuestión; y no dice más bien, si tres personas son una cosa, no son tres personas? Pues no menos antes de la encarnación, que después puede hacer esta cuestión. Pero si quiere afirmar esto completamente, a saber, que tres personas, según lo que cada una es Dios, no son una cosa, sino tres cosas, cada una por sí misma, como son tres ángeles; es clarísimo que establece tres dioses. Pero tal vez él no dice: Como son tres almas, o tres ángeles, sino aquel que me envió su cuestión, puso esta similitud de su parte; pero solo afirma que tres personas son tres cosas, sin añadir ninguna similitud. ¿Por qué, entonces, se engaña o engaña bajo el nombre de cosa, cuando se significa lo mismo bajo el nombre de Dios? Pues o negará que Dios es esa cosa en la que confesamos que hay tres personas, o más bien que son tres personas. O si no niega

esto, es consecuente que, como él afirma, las tres personas no son una, sino tres cosas; así también afirme que esas mismas personas no son un solo Dios, sino tres dioses. Que tan impías son estas cosas, que los cristianos juzguen. Pero dirá, no obliga lo que digo que tres cosas sean tres dioses; porque esas tres cosas juntas son un solo Dios. Y nosotros decimos: Entonces cada cosa de esas tres, es decir, cada persona, no es Dios; sino que de tres cosas se compone Dios: por lo tanto, el Padre no es Dios, el Hijo no es Dios, el Espíritu Santo no es Dios; porque ni de cada una, ni de dos, sino solo de las tres juntas nombradas debe decirse Dios: lo cual es igualmente impío. Pues, si es así, no es una naturaleza simple sino compuesta de partes. Pero si tiene un entendimiento simple, y no cubierto por la multiplicidad de fantasmas; entiende que las cosas simples son superiores a las compuestas, en cuanto a simplicidad y composición se refiere; porque todo lo compuesto debe poder separarse al menos en pensamiento, lo cual no puede entenderse de las cosas simples: de lo que no se pueden concebir partes, ningún entendimiento puede disolverlo en partes. Si, por lo tanto, Dios está compuesto de tres cosas, o ninguna naturaleza es simple, o hay alguna otra naturaleza que en algo es superior a la naturaleza de Dios: lo cual ambos son falsos, no es oscuro. Pero si este es de esos modernos dialécticos, que no creen que haya nada, sino lo que pueden comprender con imaginaciones, ni piensa que hay algo en lo que no hay partes; o no negará entender que si hubiera algo que no pudiera disolverse ni en acto ni en entendimiento; sería mayor que lo que puede disolverse al menos en entendimiento. Por lo tanto, si todo lo compuesto puede disolverse al menos en pensamiento, cuando dice que Dios es compuesto, dice que puede entender algo mayor que Dios: por lo tanto, su entendimiento trasciende a Dios: lo cual ningún entendimiento puede hacer. Pero veamos qué añade como para repeler la inconveniencia, que parece nacer si esas tres personas son tres cosas. Sin embargo, dice, de tal manera que una de esas tres cosas sea la voluntad y el poder. Aquí se debe preguntar si esas tres cosas según lo que se entienden separadamente entre sí; o según la voluntad y el poder común; o ni según lo que tienen separadamente, ni según lo que es común a ellas; sino según ambas cosas juntas son de naturaleza divina. Pues si según lo que son separadamente, tienen divinidad, serán tres dioses; y podrán entenderse lo mismo sin voluntad y poder. Pues siempre lo propio se entiende discretamente de lo común, y lo común de lo discreto. Pero la naturaleza divina sin voluntad y poder de ninguna manera puede entenderse. Pero si según una y común voluntad y poder son tanto cada una, como dos, y tres juntas, Dios; ¿qué hacen allí esas tres cosas discordantes, que ni pueden concordar en unidad de deidad sino por otra cosa, ni valen para perfección, ni para alguna ayuda, para que Dios sea? Pues si una voluntad y poder bastan para la perfección de Dios: ¿qué son esas tres cosas, de las que Dios necesita, o para qué las necesita? Creemos que Dios no necesita de nada: por lo tanto, esas tres cosas se piensan en Dios en vano. Pero si ni solo esas tres cosas, ni solo la voluntad y el poder; sino que todas estas cosas juntas componen a Dios: nuevamente digo que es compuesto; y esas cosas que no son por sí mismas Dios, o dioses hacen a Dios. O si dice que esas tres cosas tienen el nombre de Dios por el poder y la voluntad, como el hombre se dice rey por el poder real, no es Dios nombre de sustancia; sino que accidentalmente se dice que esas (no sé qué) tres cosas son tres dioses, como tres hombres que tienen el mismo poder real, se dicen tres reyes: pues tres hombres no pueden ser un solo rey: lo cual cuán nefando sea, no es necesario decir. Se necesitaría un gran códice si quisiera escribir las absurdidades e impiedades que siguen, si es verdad que una persona de Dios encarnada, las otras dos también se siguen encarnadas; porque esas tres personas son una cosa, según lo que decimos comúnmente de las tres; o si son tres cosas separadas, como piensa aquel contra quien he dicho esto, porque solo el Hijo está encarnado. Es claro, por lo tanto, que no debe estar dispuesto a disputar sobre cosas profundas; y especialmente sobre aquellas en las que no se yerra sin peligro.

CAPÍTULO IV.

Es imposible que tres personas estén encarnadas, siendo el Hijo encarnado: sin embargo, al Hijo le conviene más encarnarse que al Padre y al Espíritu Santo.

Pero tal vez este me dirá: Así como piensas que estas cosas se siguen necesariamente, como dices, así se sigue lo que digo, que mi consecuencia parece necesaria. Por lo tanto, muestra que no se sigue lo que digo; y admitiré contigo que no se sigue ningún inconveniente si solo el Hijo se ha encarnado, o si las tres personas son una sola cosa. Pero si fallas en mostrar esto, no resuelves, sino que más bien atas la cuestión; ya que tú mismo pruebas conmigo que nacen innumerables inconvenientes; los cuales, si deben ser negados, ambos debemos concluir igualmente que las tres personas no son una sola cosa, si solo el Hijo se ha encarnado; o si son una sola cosa, todas deben ser igualmente encarnadas. Por lo tanto, debe mostrarse en qué se equivoca este; y cómo la encarnación del Hijo solo no implica que las tres personas sean tres cosas separadas; o, si son una sola cosa, que todas ellas sean encarnadas. Que Dios es una y sola, e indivisible, y simple naturaleza, y tres personas, ha sido discutido por los santos Padres, y especialmente por el bienaventurado Agustín después de los apóstoles y evangelistas con razones inexpugnables. Pero si alguien se digna leer dos de mis pequeños opúsculos, a saber, el Monologion y el Proslogion, que fueron hechos principalmente para que lo que sostenemos por fe sobre la naturaleza divina y sus personas, aparte de la Encarnación, pueda ser probado por razones necesarias sin la autoridad de la Escritura; si, digo, alguien quiere leerlos, creo que allí encontrará algo que no podrá desaprobare, ni querrá despreciar. En los cuales, si hay algo que no leí en otro lugar, o no recuerdo haber leído, no lo pongo como enseñando lo que nuestros doctores no sabían, o corrigiendo lo que no dijeron bien; sino diciendo tal vez lo que ellos callaron: lo cual, sin embargo, no discrepa de sus dichos, sino que se adhiere a ellos; lo puse para responder por nuestra fe contra aquellos que, no queriendo creer lo que no entienden, se burlan de los creyentes; o para ayudar al estudio religioso de aquellos que humildemente buscan entender lo que firmemente creen: de ninguna manera me considero por esto digno de reproche. Sin embargo, para que no imponga a los lectores de esta carta el trabajo de buscar otros escritos, para que no solo por fe, sino también por razón evidente, conozcan que las tres personas no son tres dioses, sino uno solo; ni, sin embargo, que, habiéndose encarnado Dios según una persona, sea necesario que según las otras personas el mismo Dios se encarne: añadiré aquí algo que, según creo, es suficiente para refutar la opinión de este defensor, como él piensa, de nuestra fe. Dice abiertamente que o el Padre y el Espíritu Santo se encarnaron con el Hijo; o que esas tres personas son tres cosas separadas. Considera tal separación que ni el Padre ni el Espíritu Santo están en el Hijo. Pues si las otras dos personas están en el Hijo y el Hijo en el hombre, también ellas están en el hombre. De donde piensa que se sigue que, cuando las tres personas están juntas en el mismo hombre, si son una sola cosa, de ninguna manera puede la persona del Hijo encarnarse en el mismo hombre sin las otras dos personas. Sin embargo, no niega que sean tres personas, ni que el Hijo esté encarnado. Por lo tanto, ya se ha demostrado que, si las tres personas son tres cosas separadas, se sigue que son tres dioses, o las otras absurdidades (de las cuales ya se ha hablado); ahora brevemente mostraré, con la ayuda de un solo Dios, primero porque incluso si son tres dioses, no le servirá para defender al Padre y al Espíritu Santo de la encarnación: lo cual piensa que no puede hacerse sin la multitud de dioses. Luego, que no son varios dioses, sino uno solo. Después aclararé que, aunque sea un Dios tres personas, no obstante, si una cualquiera se encarna, no es necesario que las otras también se encarnen; sino que es imposible. La naturaleza divina ciertamente es, así siempre y en todas partes, que nada está nunca o en ningún lugar sin su presencia; de lo contrario, de ninguna manera es poderosa en todas partes y siempre, y lo que no es poderoso en todas partes y siempre, de ninguna manera es Dios. Pues si dice que no es la sustancia divina, sino su poder el que está siempre y en

todas partes; no negará, sin embargo, que el poder le es, o accidental, o sustancial: el poder accidental ciertamente no es de Dios; porque, siendo todo sujeto sin accidente, puede ser o entenderse; Dios sin poder no puede ser ni entenderse. Si, en verdad, el poder es sustancial a Dios, o es parte de su esencia, o es lo mismo que toda su esencia. Pero no es parte; porque (como se dijo antes) lo que tiene partes, o en acto, o en intelecto, es disoluble: lo cual es completamente ajeno a Dios. Por lo tanto, ser de Dios y su poder es lo mismo. Así como el poder de Dios es siempre y en todas partes; así lo que sea Dios está en todas partes y siempre. Por lo tanto, cuando el defensor de nuestra fe mencionado dice que hay tres dioses; no puede mostrar cómo están separados, con esa separación que piensa que libera al Padre y al Espíritu Santo de la encarnación. Por lo tanto, la multitud de dioses no puede ayudarle a defender al Padre y al Espíritu Santo de la encarnación; ya que no se puede encontrar en la multiplicación de dioses esa distinción, sin la cual no cree que esta defensa pueda hacerse. Pero que hay un solo Dios, y no varios, se prueba fácilmente porque o Dios no es el sumo bien, o hay varios sumos bienes; o no hay varios dioses, sino uno solo. Nadie niega que Dios es el sumo bien; porque lo que es menos en algo, de ninguna manera es Dios: y lo que no es el sumo bien, es menos en algo; porque es menos que el sumo bien. Ciertamente, el sumo bien no admite pluralidad de sí mismo, para que haya varios sumos bienes. Si hay varios sumos bienes, son iguales. Pero el sumo bien es, que así supera a otros bienes, que no tiene igual, ni superior. Por lo tanto, el sumo bien es uno y solo. No hay, por lo tanto, varios dioses, sino uno y solo es Dios; así como el sumo bien es uno y solo: y como la suma sustancia o esencia o naturaleza; que por la misma razón, que el sumo bien, se prueba que de ninguna manera puede decirse en plural. Este único Dios, siendo tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; no obstante, habiéndose encarnado el Hijo, no es necesario que las otras personas (como piensa ese disputador) también se encarnen, sino imposible. Porque no niega que haya varias personas, por lo tanto, porque son diferentes entre sí. Pues si no fueran diferentes entre sí, no serían varias. Pero, para explicarlo brevemente, y hablar más fácilmente de lo que quiero, hablaré solo, como hice antes, del Padre y del Hijo; porque a través de ellos será claro lo que debe entenderse del Espíritu Santo. Por lo tanto, el Padre y el Hijo según la sustancia no son varios, ni diferentes entre sí; porque no son dos sustancias, ni una sustancia el Padre, otra el Hijo; sino que son una y la misma sustancia el Padre y el Hijo. Según la persona, sin embargo, son varios, y diferentes entre sí; porque el Padre y el Hijo no son una y la misma persona, sino dos y diferentes entre sí. Dice, por lo tanto: Si el Hijo se ha encarnado, y el Hijo no es otra, sino una y la misma cosa en número que el Padre; entonces es necesario que el Padre también se encarne. Pues es imposible que una y la misma cosa en número esté y no esté encarnada en el mismo hombre. Y yo digo: Si el Hijo se ha encarnado, y el Hijo no es una y la misma persona en número que el Padre, sino otra; no por eso es necesario que el Padre también se encarne. Es posible que una persona esté encarnada en un hombre, y otra no esté encarnada en el mismo hombre. Y él: Si Dios Hijo se ha encarnado; y Dios que es Hijo no es otro, sino uno y el mismo Dios en número, que el Padre es; sin embargo, parece más necesario que el Padre también se encarne con el Hijo, debido a la identidad de la Deidad, que posible que debido a la diversidad de personas él no esté encarnado al mismo tiempo. Veán cómo quien dice esto cojea de ambos pies en la encarnación del Hijo de Dios. Pues quien acepta correctamente su encarnación, cree que no asumió al hombre en unidad de naturaleza, sino en unidad de persona. Sin embargo, este sueña que el hombre fue más asumido por el Hijo de Dios en unidad de naturaleza, que en unidad de persona. Pues si no pensara esto, no diría que es más necesario que el Padre esté encarnado con el Hijo, porque es un solo Dios el Padre y el Hijo, que es posible que él no esté encarnado al mismo tiempo, porque son varias personas. Por lo tanto, cojea de ambos pies, es decir, de ambas partes en la encarnación del Hijo de Dios, que es una naturaleza con el Padre y otra persona del Padre, quienquiera que piense que esta encarnación es según la unidad de naturaleza, de modo que el

Hijo no pueda encarnarse sin el Padre; ni entiende que es según la unidad de persona, de modo que el Padre no pueda encarnarse con el Hijo. Pues Dios no asumió al hombre de tal manera que la naturaleza de Dios y del hombre sea una y la misma; sino que la persona de Dios y del hombre sea una y la misma: lo cual solo puede ser en una persona de Dios. No se puede entender que diferentes personas sean una y la misma persona con un mismo hombre. Pues, si un hombre es una persona con cada una de varias personas, es necesario que varias personas, que son diferentes entre sí, sean una y la misma persona: lo cual no es posible. Por lo tanto, es imposible que, habiéndose encarnado Dios según una cualquiera de las personas, él se encarne también según otra persona.

CAPÍTULO V [al. IV].

Por qué el Hijo se encarnó más que el Padre o el Espíritu Santo.

Pero por qué Dios asumió al hombre en la unidad de la persona del Hijo, más que en la unidad de alguna de las otras personas, aunque en esta carta no fue nuestro propósito, sin embargo, ya que se presentó la mención de este asunto, creo que se debe dar alguna razón. Pues si el Espíritu Santo se hubiera encarnado, como el Hijo se encarnó, el Espíritu Santo sería hijo del hombre. Por lo tanto, habría dos Hijos en la Trinidad de Dios, a saber, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. De donde nacería cierta confusión de duda, cuando habláramos del Hijo de Dios; pues ambos serían Dios, y Hijo; aunque uno de Dios, otro del hombre: también se haría una especie de desigualdad de las diferentes personas según esto que son hijos, que deben ser completamente iguales, ya que un hijo sobresaldría en dignidad de un padre mayor, otro estaría sujeto a la humildad de un padre menor. Pues cuanto mayor es la naturaleza de Dios que la del hombre, tanto más digno es ser Hijo de Dios que ser hijo del hombre. Si, por lo tanto, el Espíritu Santo hubiera nacido de la Virgen, cuando el Hijo de Dios tuviera la natividad más excelente solo, que es de Dios; y el Espíritu Santo solo la menor, que sería del hombre; una persona sería mayor, y otra menor según la dignidad de la natividad: lo cual no conviene. Pero si el Padre hubiera asumido al hombre en la unidad de su persona, la pluralidad de hijos en Dios causaría los mismos inconvenientes, y aún otro. Pues si fuera hijo de la Virgen, dos personas en la Trinidad asumirían el nombre de nieto; porque el Padre sería nieto de los padres de la Virgen; y su Hijo, de la Virgen, sería nieto; aunque él mismo no tendría nada de la Virgen. Por lo tanto, ya que cualquier pequeño inconveniente en Dios es imposible; no debía encarnarse otra persona de Dios que el Hijo. Pues encarnándose él, no sigue ningún inconveniente. Pues aunque el Hijo se dice menor que el Padre y el Espíritu Santo según la humanidad, no obstante, esas dos personas no sobresalen al Hijo; porque la misma majestad, con la que son mayores que la humanidad del Hijo, la tiene también el Hijo, con la que él mismo sobresale con ellas a su humanidad. Hay también otra razón por la que la encarnación conviene más al Hijo que a otro. Pues quien iba a encarnarse, iba a orar por el género humano; y la mente humana recibe más convenientemente al Hijo suplicando al Padre, que a otro suplicando a otros, aunque esta súplica no se haga por la divinidad, sino por la humanidad a la divinidad, que por eso hace el Hijo de Dios; porque el hombre, por la unidad de persona, es Hijo de Dios. Además: Quien iba a asumir al hombre, iba a venir a luchar contra el diablo, y a interceder, como dije, por los hombres: ambos, el diablo y el hombre, quisieron hacerse semejantes a Dios por usurpación, usando su propia voluntad. Y porque quisieron por usurpación, no sino por falsedad; ya que no pudieron sino injustamente. Pues la propia voluntad del ángel o del hombre es la que está contra la voluntad de Dios. Pues cuando alguien quiere lo que Dios prohíbe querer, no tiene autor de su voluntad, sino a sí mismo: y por eso es propia. Pues, aunque el hombre a veces someta su voluntad a la de otro hombre, sigue siendo propia, si está contra Dios; porque no la somete, sino para alcanzar algo que quiere; y por eso tiene a sí mismo como autor de por qué la

somete a otro. Por lo tanto, la propia voluntad es la que no está sometida a ninguna otra. Solo Dios tiene una voluntad propia, es decir, que no está sometida a nadie. Cualquiera que, por lo tanto, usa su propia voluntad, se esfuerza por la semejanza de Dios por usurpación, y se le convence de privar a Dios de su propia dignidad y singular excelencia, en la medida en que depende de él. Pues si hay alguna otra voluntad, que no esté sometida a nadie, la voluntad de Dios no será preferida a todas, ni será la única, a la que ninguna otra presida. Por lo tanto, ninguna de las tres personas de Dios más congruentemente se vació a sí misma tomando forma de siervo (Filip. II, 7), para derrotar al diablo, e interceder por el hombre, que por usurpación presumieron una falsa semejanza de Dios que el Hijo, que es el resplandor de la luz eterna, y la verdadera imagen del Padre, no consideró usurpación ser igual a Dios (ibid., 6); sino que por verdadera igualdad y semejanza, dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); y: Quien me ve, ve también al Padre (Juan XIV, 9). Pues nadie más justamente expulsa al culpable, o lo castiga, o le perdona más misericordiosamente, o intercede por él, que aquel a quien se prueba que se le hace una injuria especial; ni se opone algo más convenientemente a la falsedad para derrotarla, o se aplica para sanarla, que la verdad. Pues parece que pecaron especialmente contra aquel que se cree la verdadera semejanza de Dios Padre, al presumir falsamente la semejanza de Dios.

CAPÍTULO VI [al. IV].

Cómo en Cristo no hay dos personas, como hay dos naturalezas.

Suscepit, sin embargo, en la unidad de persona al hombre, como se ha dicho, para que haya dos naturalezas: divina y humana, en una sola persona. De esta unidad de persona, creemos firmemente que no es de dos personas en Cristo; sin embargo, porque puede decirse de manera que a los que miran con poca cautela les pueda parecer que Cristo existe de dos y en dos personas, no me parece inútil decir algo. Dicen algunos: ¿Cómo decimos que en Cristo no hay dos personas como dos naturalezas? Pues Dios, antes de la ascensión del hombre, era persona; y después de asumir al hombre, no dejó de ser persona: y el hombre asumido es persona; porque todo hombre individual se reconoce como persona. Por lo tanto, una es la persona de Dios, que fue antes de la encarnación, otra la del hombre asumido: así como Cristo es Dios y hombre, así parecen ser dos personas en él. Este razonamiento parece probar que hay dos personas en Cristo, porque Dios es persona, y el hombre asumido es persona. Pero no es así. Pues así como en Dios una naturaleza es varias personas, y varias personas son una naturaleza; así en Cristo una persona es varias naturalezas, y varias naturalezas son una persona. Pues así como el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; y sin embargo no son tres dioses, sino uno es Dios; así en Cristo Dios es persona, y el hombre es persona, pero no son dos personas, sino una persona. No es que sea otro Dios, otro hombre en Cristo, aunque una cosa es Dios, otra hombre; sino que el mismo es Dios, que también es hombre. Pues el Verbo hecho carne asumió otra naturaleza, no otra persona. Pues, cuando se pronuncia, se significa solo la naturaleza, que es común a todos los hombres. Pero cuando decimos demostrativamente este, o aquel hombre, o por su propio nombre Jesús, designamos la persona que con la naturaleza tiene una colección de propiedades, por las cuales el hombre común es singular, y se distingue de otros singulares. Pues, cuando se designa así, no se entiende cualquier hombre; sino aquel que fue anunciado por el ángel, que es Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo de la Virgen: y todo lo que se dice de él, ya sea según Dios, ya sea según el hombre, es verdadero decirlo. Pues el Hijo de Dios no puede ser designado o nombrado personalmente, sin el hijo del hombre; ni el hijo del hombre, sin el Hijo de Dios; porque el mismo es el Hijo de Dios, que es hijo del hombre; y la misma es la colección de propiedades del Verbo y del hombre asumido. De personas diferentes es imposible que sea la misma

colección de propiedades; o que se predique de unas a otras. Pues ni de Pedro ni de Pablo es la misma colección de propiedades; y Pedro no se dice Pablo, ni Pablo Pedro. Por lo tanto, cuando el Verbo se hizo carne, asumió una naturaleza, que solo se significa con el nombre de hombre, y siempre es otra que la naturaleza divina; no asumió otra persona, ya que tiene la misma colección de propiedades con el hombre asumido. Pues no es lo mismo el hombre y el hombre asumido por el Verbo, es decir, Jesús; ya que en el nombre de hombre, como se ha dicho, solo se entiende la naturaleza; en el hombre asumido, o en el nombre de Jesús, se entiende con la naturaleza, es decir, con el hombre, la colección de propiedades, que es la misma para el mismo hombre asumido y el Verbo. Por lo tanto, no decimos que el Verbo, y simplemente el hombre, sean la misma persona; para no decir más bien que aquel hombre es la misma persona con el Verbo, que cualquier hombre; sino el Verbo, y aquel hombre asumido, es decir, Jesús; así como no creemos que el mismo hombre sea simplemente la misma persona con Dios, sino con aquella persona, que es el Verbo Hijo, para no parecer confesar que el mismo hombre es la misma persona que el Padre, o el Espíritu Santo. Pero puesto que el Verbo es Dios, y aquel hombre asumido es hombre; es verdad decir que Dios y hombre son la misma persona: pero en el nombre de Dios, debe entenderse el Verbo, y en el nombre de hombre debe entenderse el Hijo de la Virgen.

CAPÍTULO VII [al. VI.]

Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres cosas separadas, se prueba con el ejemplo natural de Adán y Abel.

Del espíritu de aquel a quien respondo en esta carta, no pude ver nada más que lo que he expuesto arriba; pero creo que la verdad del asunto se hace evidente por lo que he dicho, para que a nadie que entienda le pase desapercibido que nada de lo que se dice en contra de ella tiene la fuerza de la verdad. Pero si, revocado de la multitud de dioses, niega la pluralidad de personas en Dios: lo hace porque no sabe de qué habla. Pues ni piensa en Dios ni en sus personas, sino en algo tal como son las múltiples personas humanas. Y porque ve que un hombre no puede ser varias personas, niega esto mismo de Dios. No se dice que sean tres personas porque sean tres cosas separadas, como tres hombres; sino porque tienen cierta semejanza con tres personas separadas. Consideremos esto en el Padre y el Hijo, y lo mismo se entienda del Espíritu Santo. Pongamos, pues, a un hombre que solo sea padre, y no hijo; y a su hijo, que solo sea hijo, y no padre; es decir, Adán y Abel. Decimos, pues, de Adán padre, y de Abel hijo, que el padre no es hijo, y el hijo no es padre; porque Adán y Abel son dos hombres y personas separadas, ni es de quien sea hijo Adán o de quien sea padre Abel. Así, pues, confesamos en Dios que el Padre no es el Hijo, ni el Hijo el Padre (aunque no sean dos dioses); porque el Padre no tiene padre, ni el Hijo hijo. De igual manera, el Espíritu Santo no es Padre ni Hijo; porque no es de quien sea padre, ni de quien sea hijo. Por lo tanto, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres, y diferentes entre sí, ni pueden decirse de uno a otro (como mostramos del padre y el hijo en las diferentes personas de los hombres); por eso se dicen tres personas; no porque sean tres cosas separadas. Pero si niega que se pueda decir tres de uno, y uno de tres: para que no se digan tres de uno a otro; como hacemos en estas tres personas y un Dios, porque no lo ve en otras cosas, ni puede entenderlo en Dios; que soporte por un momento algo que su entendimiento no puede penetrar que esté en Dios, ni compare la naturaleza, que sobre todo es libre de toda ley de lugar y tiempo y composición de partes, con las cosas que están encerradas en lugar o tiempo, o compuestas de partes; sino que crea que hay algo en aquella que no puede estar en estas, y se someta a la autoridad cristiana, y no dispute contra ella.

48 CAPÍTULO VIII [al. VII].

Explica el origen de las personas en lo divino con otra similitud de fuente, río y lago.

Veamos, sin embargo, si en las cosas creadas, que están sujetas a la ley de lugar, tiempo y composición de partes, puede encontrarse de alguna manera esto que niega en Dios. Pongamos una fuente, de la cual nazca y fluya un río, que luego se recoja en un lago: y que su nombre sea Nilo. Así, pues, decimos discretamente fuente, río, lago; de modo que no llamamos fuente al río, ni al lago; ni al río, fuente, ni al lago; ni al lago, fuente, ni al río. Sin embargo, la fuente se llama Nilo, y el río Nilo, y el lago Nilo; y dos juntos, fuente y río, Nilo; fuente y lago, Nilo; río y lago, Nilo; y juntos los tres, fuente, río y lago, Nilo; aunque no sea otro, y otro Nilo; sino uno y el mismo, ya sea cuando se dice cada uno por separado, ya sea cuando se dice dos juntos, ya sea cuando se dice los tres Nilo. Tres, pues, son, fuente, río, lago; y uno Nilo, un río, una naturaleza, una agua; y no se puede decir qué tres. Pues ni son tres, ni Nilos, ni ríos, ni naturalezas, ni aguas; ni tres, ni fuentes, ni ríos, ni lagos. Uno, pues, se dice aquí de tres, y tres de uno; ni obstante, no se dicen tres de uno a otro. Que si objeta que no es cada uno por separado, ni fuente, ni río, ni lago, ni dos juntos, un Nilo perfecto, sino partes del Nilo; que piense en todo este Nilo, desde que comenzó, hasta que deje de ser, en toda su casi edad, porque ni él mismo es todo a la vez ni en lugar, ni en tiempo, sino por partes; ni será perfecto, hasta que deje de ser: pues el Nilo tiene en esto cierta semejanza con el discurso, que, mientras procede casi de la fuente de la boca, no es perfecto; y cuando es perfecto, ya no es. Pues si alguien lo considera así, y lo entiende diligentemente, conocerá que todo el Nilo es fuente, todo es río, todo es lago; ni la fuente es río, ni lago; ni el río es fuente, ni lago; ni el lago es fuente, ni río. Pues no es la misma fuente, que el río o el lago; aunque lo mismo es el río y el lago, que es la fuente; es decir, el mismo Nilo, el mismo río, la misma agua, la misma naturaleza. Tres, pues, se dicen aquí de un todo perfecto, y un todo perfecto de tres; ni obstante, no se dicen esos tres de uno a otro: aunque esto es de manera muy diferente y más perfecta en aquella naturaleza simplísima, y libre de toda ley de lugar, o tiempo, o composición de partes. Sin embargo, si esto de alguna manera se ve en una cosa que está compuesta de partes, es local y temporal, no es increíble que en aquella naturaleza sumamente libre esté perfectamente. Esto también debe considerarse aquí, porque la fuente no es del río, ni del lago; el río, sin embargo, es solo de la fuente, no del lago; el lago, sin embargo, es de la fuente, y del río: y así todo el río es de toda la fuente, y todo el lago es de toda la fuente, y de todo el río; como decimos en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Y porque de un modo el río es de la fuente, y de otro modo el lago es de la fuente y del río, para que el lago no se diga río; así de un modo el Verbo es del Padre, y el Espíritu Santo de otro modo del Padre y del Verbo, para que el mismo Espíritu Santo no sea el Verbo o el Hijo, sino que procede. Aún quiero decir algo que, aunque tiene gran disimilitud, tiene no obstante alguna semejanza con la encarnación del Verbo: que tal vez alguien leyendo lo desprecie, sin embargo lo diré; porque yo, al oírlo de otro, no lo despreciaría en absoluto. Pues si el río corre por una tubería desde la fuente hasta el lago, ¿no es solo el río (aunque no otro Nilo, que la fuente y el lago), por así decirlo, entubado? Así solo el Hijo se encarnó, aunque no otro Dios, que el Padre y el Espíritu Santo.

CAPÍTULO IX [al. VIII]

Que hay una sola y simple eternidad, a la que compara con un punto.

Pero puesto que estas cosas terrenales están muy lejos de la naturaleza suprema, elevemos la mente a ella, con su ayuda, y contemplemos en ella de alguna manera y brevemente lo que decimos. Dios no es otra cosa que la misma simple eternidad. No pueden entenderse varias eternidades. Pues, si son varias, o están fuera de sí mismas, o están dentro de sí mismas. Pero

nada está fuera de la eternidad: por lo tanto, tampoco la eternidad está fuera de la eternidad. Además, si están fuera de sí mismas, están en diferentes lugares o tiempos: lo cual es ajeno a la eternidad. Por lo tanto, no hay varias eternidades fuera de sí mismas. Si, sin embargo, se dice que están dentro de sí mismas, se debe saber que cuantas veces se repita la eternidad en la eternidad, no es sino una y la misma eternidad. Pues es más digna la naturaleza que, repetida en sí misma, siempre se conviene en perfecta unidad, que la que admite pluralidad de sí misma. Pues donde hay pluralidad, hay diversidad; pero donde hay diversidad, no hay perfecta concordia: pues es perfecta, la que se conviene en una identidad y la misma unidad. Si, pues, es mejor la perfecta concordia, que la imperfecta; y es imposible que en el sumo bien, que es la misma eternidad, haya algo imperfecto, no es posible que la naturaleza de la eternidad admita pluralidad. Por lo tanto, cuantas veces se repita la eternidad en la eternidad, siempre es una y la misma eternidad. Lo cual se dice de muchas otras cosas de manera similar: así, la omnipotencia en la omnipotencia, no es sino una omnipotencia. Y, para poner un ejemplo de estas cosas que no tienen naturaleza divina, en el que de manera similar es: un punto en un punto no es sino un punto: pues el punto tiene, como el punto medio del mundo, como el punto del tiempo, es decir, el tiempo presente en comparación con la eternidad, alguna semejanza no poco útil para la contemplación de la misma eternidad: de lo cual se debe discutir más ampliamente en otro lugar. Aquí basta con esto, porque el punto es simple, es decir, sin partes, e indivisible como la eternidad: y por eso el punto con el punto sin intervalo, no es sino un punto; así como la eternidad con la eternidad no es sino una eternidad. Por lo tanto, puesto que Dios es eternidad, no hay varios dioses; porque ni Dios está fuera de Dios, ni Dios en Dios añade número a Dios. Siempre, pues, es uno y el mismo y solo Dios. Por lo tanto, cuando Dios nace de Dios; porque lo que nace no está fuera de aquello de lo que nace; la prole está en el padre, y el padre en la prole, es decir, un solo Dios Padre e Hijo: y cuando Dios procede de Dios Padre e Hijo, ni sale fuera de Dios; permanece Dios, es decir, el Espíritu Santo, en Dios de quien procede: y es un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y puesto que este nacimiento, y este proceso son sin principio; de lo contrario, la eternidad nacida y la eternidad procedente, lo cual es falso, tiene principio: no debemos ni podemos pensar que Dios comenzó a ser Padre, o Hijo, o Espíritu Santo. Así como la sustancia divina guarda la unidad eterna y singular; así la naturaleza de estos relativos, a saber, del Padre y del Hijo; del procedente y de aquel de quien procede, mantiene la pluralidad inseparable. Pues así como es necesario que Dios sea siempre uno y el mismo, y no otro y otro: así el Padre nunca es el mismo que su Hijo, o el procedente aquel de quien procede, según estas relaciones. Pero siempre otro el Padre y otro el Hijo, otro el procedente y otro aquel de quien procede; ni nunca pueden decirse de uno a otro. Por lo tanto, cuando Dios nace de Dios, o cuando Dios procede de Dios, ni la sustancia puede perder la singularidad, ni la relación la pluralidad; por eso allí uno es tres, y tres uno; ni obstante, no se dicen tres de uno a otro, ni debe ser increíble en una naturaleza que está sobre todo y es disímil a todas las demás, que haya algo cuyo ejemplo no pueda encontrarse perfectamente en otras cosas: estas tres cosas los latinos las llaman personas, los griegos sustancias. Pues así como decimos en Dios una sustancia, tres personas; así ellos dicen una esencia, tres sustancias: significando allí lo mismo por sustancia, que nosotros por persona; sin discrepar de nosotros en la fe de ninguna manera. Cómo, sin embargo, el Hijo nace del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, ni obstante no es el Hijo; pues así como es no puede verse en esta vida, el bienaventurado Agustín, como a través de un espejo y en enigma, en el libro sobre esta misma Trinidad lo ha contemplado diligentemente; y yo en mi Monologio, según mi capacidad, he discutido. Si alguien, sin embargo, quiere saber por qué, cuando en la esencia suprema no hay sexo; allí se dice más bien Padre, que madre; o la prole Hijo, que hija; o por qué el Padre es solo no engendrado, el Hijo solo engendrado, el Espíritu Santo ni engendrado, ni no engendrado, en ese librito lo encontrará claramente.

